

Desde Acre procuró Bonaparte excitar á los cristianos de Siria á la revolución, pero éstos desconfiaron del que se había querido hacer pasar por musulmán y no se movieron. Sólo los drusos, que no son ni cristianos ni mahometanos, le apoyaron y su auxilio le salvó de un desastre.

Los cañones hacía un mes que batían los antiguos muros y torreones de Acre, cuando los drusos avisaron á Bonaparte la proximidad del ejército turco organizado por el pachá de Damasco. Kleber recibió orden de salir á recibirlo con promesa de que sería sostenido, y el heroico general al frente de tres mil hombres marchó al encuentro del pachá de Damasco, topando con él al pié del monte Thabor el 16 de Abril. Doce mil caballos se lanzaron furiosos sobre los franceses sin que lograsen sus fusiles, sus bayonetas y su metralla hacerles desistir. La muralla de cadáveres humanos y de caballos que rodeaba el cuadro francés servía ya de puente para que los árabes se lanzasen dentro del cuadro. En este angustioso momento sonó á las espaldas de Kleber el cañón. Era Bonaparte que cumplía su palabra. El general en jefe al frente de otro puñado de hombres entraba en línea y rechazaba al pachá á quien acabó por lanzar al otro lado del Jordan.

De regreso á Acre, y gracias á algunas piezas de sitio que recibió al fin por mar, logró abrir la deseada brecha. Se dió el asalto, se llegó hasta arriba de las murallas, pero no se pudo adelantar. Los fosos y la brecha quedaron cubiertos de cadáveres franceses. Esto era terrible, pues Bonaparte no podía rehacer sin reforzar su ejército, y en cambio los turcos recibían el día 7 de Mayo un refuerzo que equivalía por sí solo al ejército sitiador. Impedir este desembarco era para los franceses cuestión de vida ó muerte, en su consecuencia se renovó el asalto y se forzó la muralla. Los franceses estaban dentro de la ciudad, pero los turcos se lanzan como locos furiosos por los fosos y logran romper la columna de asalto, su cabeza quedó dentro de la ciudad. Son doscientos hombres que luchan por morir matando. Al fin consiguen refugiarse en una mezquita, y allí corre á salvarles Sidney Smith haciéndoles prisioneros suyos. Al otro día repitió el asalto. Era el décimocuarto que se había dado en sesenta días que hacía que duraba el sitio, y había de ser el último. Bonaparte que ya había perdido 4.000 hombres y á varios jefes, entre ellos su mejor general de ingenieros Caffarelli-Dufalge, ordenó la retirada,—20 de Mayo.

Para retirarse ahora tenía también otro motivo. Había sabido por buen conducto que el ejército

turco concentrado en la isla de Rodas iba de un momento á otro á desembarcar en Egipto, y podía verse cortado. Además, si no había conseguido dominar la Siria, había logrado derrotar al ejército de Damasco, y no era de esperar que los que se habían defendido con tanta gloria detrás de los muros de Acre salieran ahora detrás de él, luego podía reputar por bien terminada la primera parte de su empresa militar. Ahora lo que convenía era impedir el desembarco del nuevo ejército, que era la segunda parte de su tarea.

Al llegar á Egipto se encontró con que Desaix continuaba en el Alto Nilo batiéndose con Murad-bey con verdadero éxito y organizando el país con aplauso hasta de los indígenas que le llamaban el «Pachá justo,» pero no encontró de Francia ni noticias, ni refuerzos. Su fiera alma no se quebrantó por esto y se dispuso á recibir á los genizaros, antes tan temidos, que la escuadra anglo-turca fué á desembarcar cerca de Aboukir. Con solos seis mil hombres se lanzó contra el enemigo el 25 de Julio, de modo que á los doce días de su desembarco no quedaban de estos temibles genizaros un solo hombre con las manos en las armas. La infantería francesa y la caballería de Murat acuchillaron y arrojaron al mar y al lago Madieh á los más valientes, el resto se entregó prisionero. El desastre marítimo de Aboukir había sido vengado. Este fué el último hecho de armas de Bonaparte en Egipto.

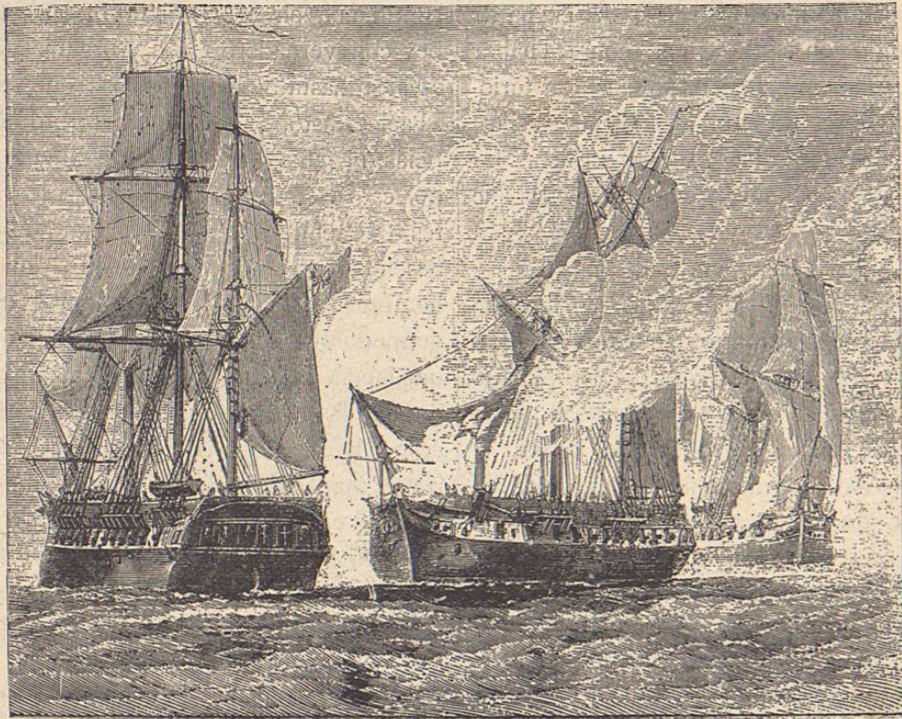
Durante diez meses sólo había recibido una sola carta del Directorio, y ahora acababa de recibir una carta de su hermano José que le instaba para que regresase. Sidney Smith le había enviado en otra ocasión varios periódicos para que se enterase de los triunfos de los austriacos en Alemania é Italia. Convencido de que nada podía esperar de Francia, y que cada momento más que permaneciera en Egipto pedía serle fatal, resolvió abandonar su conquista y su ejército á su suerte y escapar á Francia.

Hizo creer á todos que iba á marchar al encuentro de Desaix que continuaba en el Alto Egipto, y lo que hizo fué enviarle orden para que se dispusiera á unirse con él en Francia. A Kleber, como el más antiguo de los divisionarios, le entregó el mando por escrito de Egipto y de su ejército facultándole para tratar de la evacuación del país, si por Mayo próximo venidero no había sido socorrido, ó si llegaba á perder 1.500 de sus soldados. Esto dispuesto, tomó con Berthier, Lannes, Murat, Marmont, Duroc y los sabios Monge y Buthollet el camino del Alto Egipto, pero á poco revino sobre sus pasos y se dirigió á Alejandría sin sospecharlo nadie, embarcándose en



la escuadrilla que allí había dispuesta, compuesta de dos fragatas y dos buques menores. Sidney Smith había tenido que abandonar la costa de Egipto para hacer provisiones; nadie, pues, pudo oponerse á su salida que se verificó el día 22 de Agosto.

Angustioso fué el viaje, pues á causa de la falta de viento no se adelantaba, y en esta situación, Sidney Smith podía reaparecer de un momento á otro enterado de su escapada, pero al fin llegó sano y salvo á su país natal, á Córcega, en donde se enteró del estado de Francia. Para su fortuna, la escuadra



El comodoro Sidney Smith se apodera de la artillería de Bonaparte

resultado el portentoso descubrimiento de la lengua, escritura, historia y literatura del Antiguo Egipto, que tan grande y bienhechora influencia ha tenido en el desarrollo y emancipación del espíritu humano, sería cosa de maldecir una empresa que costó millones de existencias para satisfacer la pasión de gloria de un solo hombre.

Este hombre regresaba ahora á su patria como si hubiese hecho realmente cosas prodigiosas. El hombre que no había podido pasar de San Juan de Acre aparecía como un conquistador alejandrino, cuando sus batallas se reducen á la de las Pirámides, del Thabor y la de Aboukir. Cuando chorrea la sangre de los asesinatos del Cairo y de Jaffa y de sus temerarios asaltos de Acre, es cuando se presenta precisamente como un hombre sin mancha. Cuando fué causa de que en Aboukir desapareciera el poder

inglesa que cruzaba por la Provenza no sabía nada de su presencia y no puso atención en los buques sospechosos que por aquellas aguas aparecieron, y dejó pasar por medio de ellas el buque que llevaba á Bonaparte y á seis generales, que tomaron tierra en San Rafael en el golfo de Frejus,—8 de Octubre,—en donde debía abordar diez y siete años más tarde en análogas circunstancias.

El *Monitor* lo anunciaba á Francia el día 15. El 25 de Octubre llegaba á París.

Si la expedición de Egipto no hubiese dado por

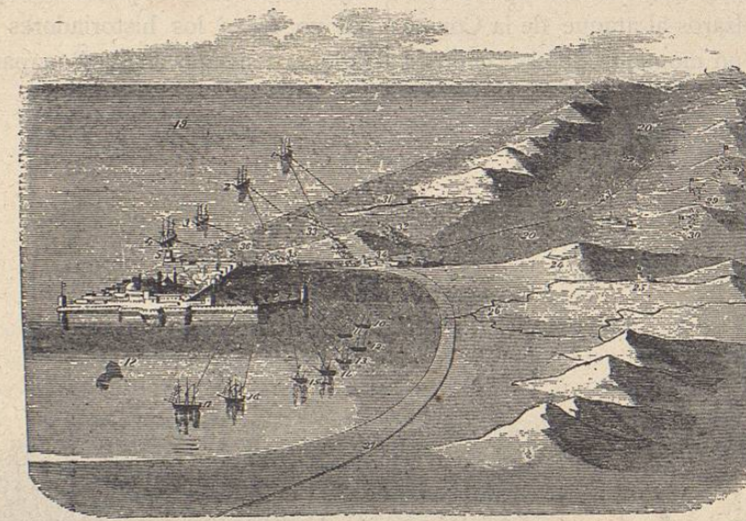
marítimo de Francia que aún no ha recobrado, cuando sus conquistas no habían de aprovechar mas que á los ingleses, que debían quedarse con ellas, guardando todavía hoy la isla de Malta, se le recibe en Francia como su salvador y un protector del Estado. Y todo ¿por qué? Porque había venido de la tierra de los Faraones y de las Cruzadas.

Cierto, esto había de parecer milagroso á los que habían creído aquellos países todavía capaces de resistir á los ejércitos europeos, y de esta desilusión no vino á sacarles el hecho clarísimo de una campaña de Siria al frente de 13.000 hombres, de una batalla del Thabor al frente de siete mil contra todo el ejército del Asia turca, y de una batalla de Aboukir al frente de 6.000 hombres contra 18.000 genizaros, terror en otro tiempo de la marina y de la infantería europea.

Hoy aún el Oriente tiene el prestigio de su maravillosa historia, y por esto la estudiamos cuando hace ya muchísimos años que no es objeto de estudio de ninguno de sus hijos. Nosotros los europeos, hemos arrancado al Egipto y al Asia el secreto de sus lenguas muertas, y en esta empresa tan gloriosa para Francia, tiene por fortuna España hermosísima participación, pues si Champollion descubrió el secreto de la lectura de los geroglíficos, Perez Bayer descubrió el secreto de la lectura de las inscripciones hebraicas y fenicias. Luégo las sociedades asiáticas de Francia, Inglaterra y Alemania han com-

pletado sus grandes trabajos. Este prestigio, pues, era el que hacía del raquíto y flaco general francés un héroe inmortal, un conquistador de un mundo en el que había vivido quince meses prisionero.

Él supo explotar con su incomparable descaro este prestigio. De la misma manera que á su regreso de Acre, había hecho creer á sus soldados y por un momento al mundo entero, que de Acre no había quedado piedra sobre piedra, y que se retiraba sólo delante de la peste producida por sus matanzas, había hecho creer á Francia, que tan cara había de pagar su ilusión, que el Egipto era francés



Plan del sitio de Acre

de corazón, que era una de sus más hermosas posesiones, y que un día podría volver allí para lanzarse desde Alejandría ó de Suez á la conquista de la India para dar el golpe mortal á la preponderancia inglesa. Esto y mucho más resulta de su relación de la expedición de Egipto que el Directorio y las Cámaras leyeron con el mayor arrobamiento. Sin la impericia de Brueys, Bonaparte habría ya humillado á Inglaterra. Esto es lo que se decían los contemporáneos de la expedición de Egipto; y lo decían y lo creían. Y como creían que la partida quedaba en suspenso, el general de Egipto era recibido con entusiasmo tanto por lo que había hecho como por lo que prometía hacer.

Ante este orden de ideas, ni Brune, ni Massena, podían disputarle la gloria de haber salvado la república. Inglaterra era la alma de la nueva coalición que Francia estaba á punto de deshacer, el general francés, pues, que libertase á Francia de Inglaterra, era el verdadero salvador. Esto no había

hecho todavía Bonaparte, pero el Egipto era francés. ¿Kleber no era una sólida garantía de esta posesión?

No se tache, pues, de ingratos á los franceses, por haber preferido los brillantes triunfos de Bonaparte á las sólidas victorias de Massena y de Brune. El oropel lo mismo deslumbra y ciega á los niños que á los hombres. El hombre que había dicho el día de las Pirámides á sus soldados que cuarenta siglos les contemplaban, era un hombre más extraordinario que Joubert, que al caer gritaba á sus soldados simplemente: «¡Adelante!»

Ahora no iba á vencer, á derrotar al Directorio y á las Cámaras con sólo preguntarles «¿qué habían hecho de sus conquistas?»

El hombre le hemos de conocer por entero al final de su vida. Bonaparte escribió desde su tumba lo que no había sido dado hacer antes á nadie. En *Santa Elena* trató de defenderse, pero también pensó en juzgarse, y aún cuando calló mucho, no